

TRES MANERAS DE HUMILDAD

Cuaresma 2021 – (DÍA 30)

Meditaciones de San Alfonso María de Ligorio

Material extra (optativo)

†

QUIEN AMA A JESUCRISTO AMA EL PADECIMIENTO¹

Caritas patiens est: La caridad es sufrida. La tierra es lugar de merecimientos, de donde se deduce que es lugar de padecimientos. Nuestra patria, donde Dios nos tiene reservado el descanso del gozo eterno, es el paraíso. En este mundo habremos de estar poco tiempo, y, a pesar de ser poco, son muchos los padecimientos por que habremos de pasar. El hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de inquietud. Hay que sufrir; todos tenemos que sufrir; todos, sean justos o pecadores, han de llevar la cruz. Quien la lleva pacientemente, se salva, y quien la lleva impacientemente, se condena. Idénticas miserias, dice San Agustín, conducen a unos al cielo y a otros al infierno. En el crisol del padecer, añade el mismo santo Doctor, se quema la paja y se logra el grano en la Iglesia de Dios; quien en las tribulaciones se humilla y resigna a la voluntad de Dios, es grano del paraíso; y quien se ensoberbece e irrita, abandonando a Dios, es paja para el infierno.

El día en que se discuta la causa de nuestra salvación, si queremos alcanzar sentencia de salvación, es preciso que nuestra vida se halle conforme con la de Jesucristo: Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo. Para esto se propuso el Verbo eterno venir al mundo, para enseñarnos con su ejemplo a llevar pacientemente las cruces que el Señor nos enviare: También Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas. Para animarnos a padecer quiso Jesucristo padecer. ¡Ah!, y ¿cuál fue la vida de Jesucristo? Vida de ignominias y de penalidades. El profeta llamó a nuestro Redentor despreciado, abandonado de los hombres, varón de dolores, el hombre despreciado, tratado como el último de todos, el hombre de dolores; sí, porque la vida de Jesucristo estuvo saturada de trabajos y dolores.

Pues bien, así como Dios trató a su amadísimo Hijo, así también tratará a quien le ame y adopte como hijo: A quien ama, corrígele el Señor, y azota a todo hijo que por suyo reconoce. De ahí que dijera en cierta ocasión a Santa Teresa: «Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos.» Por eso la Santa, cuando se veía más trabajada, decía que no trocaría sus trabajos por todos los tesoros del mundo. Apareciéndose después de muerta a una de sus religiosas, le reveló que gozaba de gran premio en el cielo, no tanto por las buenas obras cuanto por los padecimientos que en vida sufrió con agrado por amor de Dios, y que, si por alguna causa hubiera

¹ ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Prácticas de amor a Jesucristo*, Cap. 5.

deseado tornar al mundo, sería ésta tan sólo la de poder sufrir alguna cosa por Dios. Quien padece amando a Dios, dobla la ganancia para el paraíso. San Vicente de Paúl solía decir que el no penar en esta tierra debe reputarse por gran desgracia; y añadía que una congregación o persona que no padece y es de todo el mundo aplaudida, está ya al borde del precipicio. Por eso, el día que San Francisco de Asís pasaba sin algún trabajo por Cristo, temía que Dios le hubiese dejado de su mano. Escribe San Juan Crisóstomo que, cuando el Señor concede a alguno favor de padecer por Él, dale mayor gracia que si le concediera el poder resucitar a los muertos, porque, en esto de obrar milagros, el hombre se hace deudor de Dios; más en el padecer, Dios es quien se hace deudor del hombre; y añadía que el que pasa algún trabajo por Cristo, aunque otro favor no recibiera que el de padecer por Dios, a quien ama, eso sería la mayor correspondencia, y que la gracia que tuvo San Pablo de ser aherrojado por Cristo la tenía en más que la de haber sido arrebatado al tercer cielo.

La constancia ha de tener obra perfecta; es decir, que no hay cosa que más agrade a Dios que el contemplar a un alma que con paciencia e igualdad de ánimo lleve cuantas cruces la mandare; que esto hace el amor, igualar al amante con el amado. «Todas las llamas del Redentor –decía San Francisco de Sales– son a manera de bocas que nos enseñan cómo hemos de padecer trabajos por Él. Sufrir con constancia por Cristo, he ahí la ciencia de los santos y el medio de santificarnos prestamente.» Quien ama a Jesucristo desea que le traten como a Él le trataron, pobre, despreciado y humillado. Vio San Juan a los bienaventurados vestidos de ropas blancas y palmas en sus manos. La palma es emblema del martirio, si bien no todos los santos sufrieron el martirio. ¿Cómo, pues, todos llevan esas palmas? Responde San Gregorio que «todos los santos fueron mártires, o a manos del verdugo o trabajados por la paciencia; de suerte, añade el Santo, que nosotros sin hierro podemos ser mártires, con tal que nuestra alma se ejercite en la paciencia».

En esto estriba el mérito del alma que ama a Jesucristo, en amar el padecimiento. «Esto me dijo el Señor otro día: ¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar y en padecer y en amar... Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos, y a éstos responde el amor. ¿En qué te lo puedo más mostrar que querer para ti lo que quise para mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores.» «Pues creer que (Dios) admite a su amistad estrecha gente regalada y sin trabajos, es disparate.» Y añade Santa Teresa, para consuelo nuestro: «Y aunque haya más tribulaciones y persecuciones, como se pasen sin ofender al Señor, sino holgándose de padecerlo por Él, todo es para mayor ganancia.»

Aparecióse cierto día Jesucristo a la Beata Bautista Varanis y le dijo que «tres eran los favores de mayor precio que Él sabía hacer a las almas sus amantes: el primero, no pecar; el segundo, obrar el bien, que es de más subido valor; y el tercero, que es el más cumplido, padecer por amor de Él». Conforme a esto, decía Santa Teresa de Jesús que, cuando alguien hace por el Señor algún bien, el Señor se lo paga con cualquier trabajo. Por ello, los santos daban en sus contrariedades gracias a Dios. San Luis, rey de Francia, hablando de la esclavitud padecida por él en Turquía, decía: «Gózome y doy gracias a Dios, más por la paciencia que entre las prisiones me ha concedido, que si hubiera conquistado toda la tierra». Y Santa Isabel, reina de Hungría, cuando, a la

muerte de su esposo, fue expulsada de sus Estados con su hijo, abandonada de todos, entró en una iglesia de franciscanos e hizo cantar en ella un Te Deum en acción de gracias porque así la favorecía Dios, permitiéndola padecer por su amor.

Decía San José de Calasanz que «no sabe ganar a Cristo el que no sabe sufrir por Cristo». Y antes lo había dicho el Apóstol: Porque entiendo que los padecimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se ha de manifestar en orden a nosotros. Extraordinaria ganancia sería padecer todas las penalidades sufridas por los santos mártires, durante nuestra vida, a trueque de disfrutar, aunque fuera sólo un momento, de la gloria del paraíso; luego, ¿con cuánta mayor razón habremos de abrazarnos con nuestra cruz, sabiendo que los trabajos de esta breve vida nos conquistarán la bienaventuranza eterna? Porque ese momentáneo, ligero, de nuestra tribulación, nos produce, con exceso incalculable, siempre creciente, un eterno caudal de gloria. San Agapito, jovencillo de pocos años, cuando el tirano le amenazó con abrasarle la cabeza con un yelmo encendido, respondió: «Y ¿qué mayor fortuna podría ser la mía que perder la cabeza para verla coronada luego en la gloria?» Esto hacía exclamar a San Francisco: «Tan grande es el bien que espero, que las penas tórnanseme gozos.» Quien quiera la corona del cielo, fuerza es que pase por tribulaciones y trabajos: Si constantemente sufrimos, también con Él reinaremos. No puede darse premio sin mérito, ni mérito sin paciencia. No es coronado si no lucha conforme a la ley. Y al que con más paciencia combatiere, le ha de caber mayor corona.

Fuerte cosa es que, cuando se aventuran los bienes terrenos, procuren sus amadores allegar cuanto más pueden, en tanto que, tratándose de bienes celestiales, se contenten con decir que les basta un rincón en el cielo. No hablaron así los santos, sino que en la vida se contentaban con cualquier cosa, y hasta se despojaban de los bienes terrenos, al paso que, tratándose de los celestiales, se esforzaban en allegar cuantos más podían. Y es el caso preguntar: ¿Quiénes estaban en lo seguro y conducente?

Y, hablando de la vida presente, es cierto que quien con más paciencia sufre, disfruta también de mayor paz. San Felipe Neri acostumbraba decir que en este mundo no hay purgatorio, sino tan sólo cielo o infierno; quien soporta pacientemente las tribulaciones, disfruta ya del cielo, y quien las rehúye, padece ya un infierno anticipado. Sí, porque, como escribe Santa Teresa, quien abraza las cruces que Dios le manda, no las siente. Hallándose San Francisco de Sales, en cierta ocasión, asediado por las tribulaciones, dijo: «Desde hace algún tiempo, las adversidades y secretas contradicciones que experimento me proporcionan tan suave y dulce tranquilidad, que no tiene igual, y son presagio de la próxima y estable unión del alma con Dios, la cual en toda verdad es la única ambición y el único anhelo de mi corazón. ¡Cuán cierto es que la paz no puede hallarse donde se vive vida desconcertada, sino donde se vive vida de unión con Dios y con su santísima voluntad! Cierta religioso misionero de Indias, asistiendo a un condenado que se hallaba en el patíbulo, oyóle decir: «Sepa, Padre, que fui de su Orden; mientras observé fielmente las Reglas, viví contento; más cuando empecé a relajarme, en el mismo punto sentí pena y trabajo en todo, de tal manera que, abandonando la religión, di rienda suelta a los vicios, que, por fin, me trajeron al estado miserable en que me ve. Le digo esto –añadió– para que mi

ejemplo pueda servir de escarmiento a otros.» El Venerable Luis de la Puente decía que para disfrutar de paz había que tomar las cosas dulces de la vida como amargas, y las amargas, como dulces. Sí, porque lo dulce, aun cuando agrade a los sentidos, deja, sin embargo, un amargo remordimiento de conciencia, por la complacencia desordenada que en ello se tiene, al paso que lo amargo, aceptado pacientemente, como venido de la mano de Dios, tórnase suave y querido a las almas que le aman.

Persuadámonos de que en este valle de lágrimas no es posible que goce verdadera paz de corazón sino quien sobrelleva los padecimientos y se abraza gustoso con ellos para agradar a Dios; que tal es la herencia y estado de corrupción que nos legó el pecado original. La condición de los justos en la tierra es padecer amando, al paso que la de los santos en el cielo es gozar amando. Cierta día escribió el P. Pablo Séñeri, el joven, a una de sus penitentes, para animarla a padecer, que escribiese a los pies del Crucifijo estas palabras: «Así se ama.» No es tanto el padecer, cuanto la voluntad de padecer por amor de Jesucristo, la más cierta señal para ver si un alma le ama. «¿Y qué más ganancia – decía Santa Teresa – que tener algún testimonio de que contentamos a Dios?» Pero, ¡ay!, que la mayoría de los hombres desmayan con sólo oír el nombre de la cruz, de humillación y de penalidades. Con todo, no faltan almas amantes que cifran todo su contento en padecer y andan como inconsolables cuando les faltan trabajos. «Sólo mirar a Jesús crucificado – decía cierta persona edificante – me infunde tal amor a la cruz, que se me hace no podría ser feliz sin padecimientos; el amor de Jesucristo me basta para todo.» Este es el consejo que Jesús da a quien lo quiere seguir, tomar la cruz y seguirlo: Tome a cuevas su cruz... y sígame. Pero hay que tomarla y seguirlo, no a la fuerza y con repugnancia, sino con humildad, paciencia y amor. ¡Qué gusto proporcionan a Dios quienes humilde y pacientemente se abrazan con las cruces que les envía! Decía San Ignacio de Loyola que no hay leña tan a propósito para encender y conservar el fuego del amor de Dios como el madero de la cruz, es decir, el amargo en medio de los sufrimientos. Cierta día Santa Gertrudis preguntó al Señor qué sería lo que pudiera ofrecerle más de su agrado, y Él le respondió: «Hija mía, con lo que más me agradarías sería con sufrir pacientemente cuantas tribulaciones te presentara.» Por eso decía la gran sierva de Dios sor Victoria Angelini que más vale un clavado en cruz que cien años de ejercicios espirituales. Y el Beato P. Juan de Ávila añadía: «Más vale en las adversidades un gracias a Dios que seis mil gracias de bendiciones en la prosperidad.» Y, con todo, los hombres desconocen el valor del padecer por Dios. Decía la Beata Ángela de Foligno que, si conociéramos el mérito de padecer por Dios, robaríamos las ocasiones del padecimiento.

De ahí que Santa María Magdalena de Pazzi, conoce-dora del valor del sufrimiento, deseaba que se prolongase su vida, más bien que ir luego a disfrutar del cielo; porque en el cielo no se puede padecer, decía.

El alma amante de Dios sólo ansía unírsele por completo, más para alcanzar unión tan perfecta, oigamos lo que decía Santa Catalina de Génova: «Para llegar a la unión con Dios, son necesarias adversidades, porque Dios, por medio de ellas, destruye todos los desordenados movimientos de nuestra alma y de nuestros sentidos. Y, por esto, injurias, desprecios, enfermedades, pérdidas de parientes y de amigos,

humillaciones, tentaciones y demás contrariedades, nos son sumamente necesarias, para que, batallando y de victoria en victoria, lleguemos a extinguir en nosotros las perversas inclinaciones y no las sintamos más. Y no basta que cesen las adversidades de parecernos desagradables, pues mientras que el amor divino no nos las torne amables, no llegaremos a la divina unión.»

De donde resulta que el alma que anhele ser toda de Dios, como escribe San Juan de la Cruz, ha de buscar no el gozo sino el padecimiento en todas las cosas: «Porque buscarse a sí en Dios es buscar los regalos y recreaciones de Dios; más buscar a Dios en sí es no sólo querer carecer de eso y de esotro por Dios, sino inclinarse a escoger por Cristo todo lo más desabrido, ahora de Dios, ahora del mundo, y esto es amor de Dios»; y así ha de abrazar ávidamente todas las mortificaciones voluntarias, y con mayor avidez aún y amor las involuntarias, porque éstas son más queridas de Dios. Salomón dijo: Mejor es el sufrido que un héroe.

Sin duda que agrada a Dios quien se mortifica con ayunos, cilicios y disciplinas, porque mortificándose da pruebas de varonil entereza; pero mucho más agradable es a Dios holgarse en los trabajos y sufrir pacientemente las cruces que Él nos manda. San Francisco de Sales decía: «Las tribulaciones que nos vienen de la mano de Dios o de los hombres, son siempre más preciosas que las que son hijas de la propia voluntad, porque es ley general que donde menos lugar tiene nuestra voluntad, más contento hay para Dios y provecho para nuestras almas.» En igual sentido abunda Santa Teresa: «Y deja casi aniquilada aquella pena con el gozo que le da ver que en un día podrá ganar más delante de Su Majestad, de mercedes y favores perpetuos, que pudiera ser ganará él en diez años por trabajos que quisiera tomar por sí»; razón por la cual afirmaba Santa María Magdalena de Pazzi no haber cosa en el mundo, por acerba que fuese, que no la sufriera alegremente, pensando que procede de la divina mano. Y así fue, porque, en los pequeños trabajos que hubo de sufrir en un lustro, bastábale traer a la memoria ser voluntad de Dios, para recobrar la paz y la tranquilidad. ¡Ah!, que, para conquistar a Dios, inestimable tesoro, todo es nada o de ningún valor. Del P. Hipólito Durazzo es la siguiente sentencia: «Cueste Dios lo que costare, jamás nos costará muy caro.»

Roguemos, pues, al Señor que nos halle dignos de amarlo; que, si le amamos perfectamente, todos los bienes terrenos se nos harán humo y lodo, al paso que las ignominias tornárense en suavísimos deleites. Oigamos lo que dice San Juan Crisóstomo del alma que se entrega completamente a Dios: «Luego que se ha llegado al perfecto amor de Dios, vívese como solo en la tierra y ni se para en glorias o en ignominias: despreciáanse tentaciones y trabajos y se pierde el gusto y apetito de las cosas terrenas. No encontrando ayuda ni reposo en cosas del mundo, corre el alma sin tregua ni descanso tras del amado sin que haya estorbo que le detenga, porque ya trabaje, coma, vele, duerma, en cuanto haga o diga, cifra su ideal y afanes en la búsqueda del amado; que en él está su corazón por estar en él su tesoro.»

Afectos y súplicas

Querido Jesús mío y tesoro mío, por las ofensas que os hice no merezco disfrutar de vuestro amor, más por vuestros merecimientos os ruego me hagáis digno de él. Os amo sobre todas las cosas y me arrepiento de todo corazón por haberos despreciado en lo pasado y arrojado del alma. Ahora os amo más que a mí mismo, os amo con todo mi corazón, ¡oh bien infinito!, os amo, os amo, os amo y nada más deseo que amaros perfectamente. Una sola cosa temo, y es verme privado de vuestro amor. Enamorado Redentor mío, dadme a conocer el sumo bien que sois y el amor que me profesasteis para obligarme a amaros. Dios mío, no permitáis que viva ingrato a tanta bondad vuestra. Sobrado os he ofendido; no quiero ya separarme de vos; quiero emplear cuantos años me restaren de vida en amaros y complaceros. Socorredme, Jesús mío y amor mío; ayudad a un pecador que anhela amaros y entregarse completamente a vos. ¡Oh María, esperanza mía!, vuestro Hijo atiende a vuestras súplicas: rogadle por mí y alcanzadme la gracia de amarlo perfectamente.